

Las islas imposibles de D. H. Lawrence

Miguel Gallego Roca

Pocos años después de su llegada a Almería, el poeta José Ángel Valente está escribiendo un libro que llevará por título *Al dios del lugar* (1989). En él hay un poema definitivo y fatal que empieza, como cae una tarde de agosto, con estos dos versos «El sur como una larga, / lenta demolición». Tres décadas antes, en 1958 y en Ginebra, Valente escribió unas notas sobre la poesía de Vicente Aleixandre tituladas «El ciclo de la realidad imaginada». En ellas establece un puente entre la visión poética del mundo en Aleixandre y la que domina la poesía y las novelas de D. H. Lawrence. Atentos a estas líneas: «Para Lawrence también la civilización es eminentemente corruptora y su misión como artista —que supone asimismo una actitud de fondo de carácter moral— es restaurar la auténtica imagen del comportamiento humano». Y añade «La salvación del hombre está en la naturaleza y su clave en el redescubrimiento dignificado y dignificante de la vida pasional.» ¿Qué más podemos añadir a las palabras del maestro al final de la segunda década del sigo XXI?

Además de otras coincidencias biográficas —los dos enfermos crónicos desde la juventud, los dos bisexuales— a Aleixandre y Lawrence los separa una radical diferencia en la manera de entender la realidad. Como señala Valente, en Aleixandre toda rebelión es imaginada: apenas viajará, apenas dará lugar a esa moderna aspiración de unir poesía y vida. Al contrario, Lawrence se pasará la vida moviéndose de acá para allá a la búsqueda del lugar donde integrar literatura y vida cotidiana, buscando su «dios del lugar» fuera de la civilización de los mercaderes y los soldados.

Con Lawrence la cosa iba en serio. Quiso fundar una colonia, una comuna elitista e igualitaria, donde los elegidos —los *happy few*— pudieran tener una vida que mereciera la pena, una vida auténtica mientras Europa se destruía en los frentes de la Gran Guerra. La aspiración de Lawrence, persona de carne y hueso, recuerda a esos diez personajes de papel y tinta, esos diez jóvenes alegres, y privilegiados que huyen de la peste florentina de 1347 al comienzo del *Decameron*. Boccaccio los instalará en una villa en las afueras, los dejará disfrutar de la naturaleza, comerán, beberán, amarán con inteligencia, se contarán historias e iniciarán la novela moderna. Entre tanto por Florencia se paseaba uno de los caballos del Apocalipsis.

El lugar de la utopía (no lugar), o mejor, de la eutopía (lugar feliz), tenía un nombre para Lawrence: Rananim. Lo imaginó en diversas latitudes, primero en la Florida, luego en Cornualles, más adelante en Garsington cerca de la mansión de su amiga Lady Ottoline Morrell —en quien se inspiró para construir el personaje de Constance Chatterley, pues Lady Morrell mantenía, lo que hoy llamaríamos, una relación abierta con su marido y además mantuvo un apasionado romance con su jardinero—, y, finalmente, en el rancho de Taos en Nuevo México donde hoy reposan sus cenizas. La cosa fue en serio hasta que después de una reunión de los supuestos elegidos para vivir en Rananim casi ninguno quiso fundar la utópica comuna. En 1916 le escribe a Samuel Kotliansky: «mi Rananim, mi Florida idea, era la acertada. La gente es la que se equivocó. Pero no hay problema en ir a Rananim solo, sin la gente, últimamente solo tengo esperanza en ti».

En 1912, Lawrence conoció a Frieda Weekley. Era la mujer de su profesor de francés, con él tenía tres hijos pequeños. Frieda abandonó casa, hijos y marido y se unió a Lawrence. A partir de ese momento, Frieda fue su compa-

ñera, su esposa y con quien buscó, en lo que él llamó una «peregrinación salvaje», un paraíso, su soñado Ranim.

Frieda y Lorenzo —ella lo menciona con frecuencia italianizando su apellido— viajaron por Alemania, Francia, Italia, Australia, Sri Lanka, EE.UU., México y España. En su autobiografía, titulada *Not I, but the Wind* (1934), Frieda define la relación en pocas palabras: «Lawrence parecía haber resucitado del pasado mi cuerpo y mi alma.» Los dos estuvieron de acuerdo en huir de una isla, una isla demasiado grande: Inglaterra. Los dos también estuvieron de acuerdo en que había lugares que mataban y lugares que podían regenerar. Para los dos el sur, en su «lenta demolición», era el lugar donde podían encontrar una vida que mereciera ser vivida.

Estaba el sur y también estaban las islas. La insularidad, el aislamiento, siempre ha sido un elemento imprescindible en cualquier geografía de lugar perfecto. Desde la propia *Utopía* renacentista de Tomás Moro, hasta el jipismo en la Ibiza de los sesenta y setenta del siglo pasado. En la «Meditación XVII» de las *Devociones*, John Donne escribe estas célebres palabras: «Ningún hombre es una isla, ni se basta a sí mismo; todo hombre es una parte del continente, parte del todo. Si una porción de tierra fuera desgajada por el mar, Europa entera se vería menguada, como ocurriría con un promontorio, con la casa de tu amigo o la tuya: la muerte de cualquier hombre me disminuye, porque soy parte de la humanidad» (*Devociones y duelo por la muerte*, traducción de Jaime Collyer, 2018). A D. H. Lawrence tampoco le gustaba la idea del aislamiento o de la insularidad. Es cierto que frecuentó las islas: Sicilia, Cerdeña —donde apenas estuvo una semana y a la que dedicó uno de sus libros de viajes, *Cerdeña y el mar*—, Ceilán, Mallorca. Tanto Donne, el metafísico, como Lawrence, el moderno, poseen una sólida certeza de pertenencia a la especie humana y, por tanto, también los dos desarrollan una cierta aversión hacia la insularidad. Ese será el argumento de *El hombre que amaba las islas*: al final siempre necesita-

remos la compañía humana, el abrazo, la conversación. Pero no esperemos en Lawrence la tersura de pensamiento, la conciencia religiosa asentada en la piedad, tal y como ocurre en Donne. Lawrence puede a un tiempo amar y odiar a la humanidad, sin embargo, como nos recuerda nuestro amigo Ángel M. Arqueros, «Lawrence ansiaba, en definitiva, formar parte de la humanidad», de una humanidad regenerada, sí, renacida en algún nuevo jardín del Edén.

Mallorca aparece en el horizonte de sus inquietudes como una posibilidad de bienestar. A la altura de 1929, D. H. Lawrence parece desplazarse de un lugar a otro atendiendo más a su estado de salud—se definirá como un *sun hunter*— que a la necesidad de satisfacer su ilusión utópica. El mejor sitio es donde menos tose.

El matrimonio Lawrence no pasó mucho tiempo en Mallorca, apenas dos meses durante la primavera de 1929. Fue una de las últimas etapas de ese «peregrinaje salvaje» en busca de climas benignos y de valores primitivos. Ángel M. Arqueros, con una exquisita minuciosidad, ha reconstruido la inexistente crónica de esos dos meses. Espigando referencias en el extensísimo epistolario lawrenciano, editado por primera vez por Addous Huxley, leyendo en esa clave algunos de sus poemas, detectando huellas en sus cuentos y en sus novelas, investigando noticias que ofrecen amigos de aquel excéntrico matrimonio. Con todos esos materiales Arqueros construye una crónica inédita, y necesaria, que completa la bibliografía sobre Lawrence en español. Aparte de la recepción latinoamericana de Lawrence —me refiero por ejemplo a las traducciones del hispano-cubano Lino Novás Calvo, o algunos comentarios de Octavio Paz recordados recientemente por Juan Villoro en una excelente edición de los tres relatos contenidos en *El hombre que amaba las islas*—, Lawrence no parece haber tenido buena suerte en la península. Así lo afirma Julio César Santoyo cuando enjuicia sus defectuosas traducciones españolas, debi-

das, quizá, a la pudibundez que dominó el franquismo, y también, añadido yo, a una recepción, a partir de los setenta y ochenta, vinculada al *soft porno* al estilo *Emmanuelle*.

Mallorca ni le gustó ni le dejó de gustar. Unos días encontraba feos a los habitantes de la isla, holgazanes y despreocupados; otros, le encantaba la idea de estar entre gentes ajenas a la preocupación. Lawrence, lo sabemos, era capaz de sostener una idea y la contraria. Su estancia coincide con un periodo de constantes preocupaciones, dudas e inquietudes, oportunamente abordadas en la crónica de Arqueros. Por un lado, la tuberculosis minaba lentamente, pero sin descanso, su ya débil salud, de hecho, morirá unos meses después en marzo de 1930. Por otro lado, eran constantes sus enfados por los escándalos que provocaban sus novelas y pinturas en Inglaterra. A todo ello hay que añadir los malentendidos que propiciaban sus propias contradicciones, como el que tanto le afectó en su ruptura con John Middleton Murry.

Esta crónica de la estancia en Mallorca de D. H. Lawrence y Frieda no es solo una colección de anécdotas, que las hay, o una elemental evocación de aquellos excéntricos viajeros ingleses en la España de la primera mitad del siglo XX. Supone también, gracias a la sensibilidad literaria e histórica de Ángel M. Arqueros, un nuevo acercamiento a la obra de uno de los artistas más fascinantes de su tiempo y cuya recepción en España siempre ha sido, salvo excepciones — algunas recientes como las de Ángel Martínez-Cabeza—, anómala además de defectuosa.

En estos días he vuelto a leer *Lady Chatterley's Lover*. Ha sido una experiencia muy distinta a mi primera lectura juvenil y en traducción. Nada que ver con el sesgo vergonzante y masturbatorio de ese yo educado en un colegio de hermanos maristas. Es una novela contra el ego y el engrimiento, una investigación novelesca sobre el poder regenerador de la ternura y el sexo en medio de la naturale-

za. Cuando Mellors, el guardabosques, besa el ombligo de Lady Constance Chatterley, cuando llama a las cosas por su nombre, está abriendo con su boca —en forma de besos, succiones o palabras— la posibilidad de la isla, la posibilidad de una vida, *just a life*.

Eso puedo ser Mallorca. O Sicilia, o Cerdeña, o Taos, o Florencia, o Cornualles, o Florida. La isla donde vivir una vida verdadera, ese sur inmortal que siempre nos evoca una «lenta demolición» y una vida digna de ser vivida. Gracias a la paciencia, elegancia y ausencia de engrimiento de Ángel M. Arqueros, gracias a su amistad conversada, vuelve Lawrence a nuestras tierras. Bienvenido sea, le gustemos o no.